


 JOSE ALFREDO LLERENA

VARADERO

MI GRANDE OCEANO



Mi Océano Pacífico:
Te he visto con tus olas doradas
en San Francisco;
atiborrado de marinos, en Seattle;
torvo y gélido junto a los acantilados de Chile;
lírico y rumoroso, en el Golfo de Guayaquil.
Mar de América y del futuro:
de los millares de islas coralinas
y de los embrujos de Galápagos.
Mar donde las marsopas beben la claridad lunar;
mar de los milenarios cardúmenes;
de las caravanas errantes de cetáceos.
Mar de las obscuras civilizaciones polinesias,
donde la luna es desmesurada en Samoa
y las estrellas alimentan
las ostras perleras
en Tahití.
Mar de las Islas Marquesas y de Hawai,
donde el alba esparce estrellas de mar
sobre los bucles femeninos.
Mar, donde las hadas
moran entre jardines de actinias
y se esfuman
entre las selvas de políperos.
Mar del bentos que ilumina

las frías profundidades de las aguas.
Mar de las pandillas de escualos
y de las leyendas bucaneras.
Mar de las balsas indias de América.
De las viejas y las nuevas civilizaciones!
Tú bañas las ciudades de la Nueva Era.
Las ciudades de torreones negros de Galápagos
y la de fanales gigantes
de Puerto Nuevo de Guayaquil.
Yo te saludo, Grande Océano.
Mar de los juncos piráticos del Oriente;
mar de las especies que existían
antes de los días de la creación;
mar de Balboa
y de Charles Darwin,
y de Tomas de Berlanga,
y del General Villamil.
Mar, donde mi río Guayas
se rompe permanentemente su ahorta
por el peso de los densos légamos,
por sus misteriosos coloides andinos,
por sus cargamentos de minerales
para la siderúrgica de los peces.
Grande Océano, Mar del Futuro;
de las colosales expansiones de los pueblos de América;
de los bosques de palos de mesana
de los pescadores.
Mar de las nuevas civilizaciones,
de las rutilantes civilizaciones de América,
de los nuevos milenios de América,
de los bajeles atómicos de América.

*

*

*

ESTAMPA OSCURA

En la noche, nada hay que hacer: tan sólo vagar.
Quizá aspirar el silencio, efluvio vegetal;
o detenerse ante los corimbos labrados
de los dinteles;

tal vez pasar junto al templo de San Francisco
y escuchar los graznidos de los polluelos del buho
en los altos cimacios;
ver las lámparas de penitentes élitros.
Y, de nuevo, vagar...
acaso con un cigarrillo,
menudo pebetero del ensueño.
En la noche, nada hay qué hacer: sólo vagar.
Echar un poco de ceniza al viento,
caminar,
caminar;
detenerse ante la torre del templo
de Las Mercedes,
donde los minutos son visibles
y caen, uno a uno, ya sin vida.
Acodarse al cornijal
y soñar.
Recibir las caricias de un viento domesticado
en lejanas llanuras;
un viento de meseta, rico en bálsamos.
La calle solitaria.
Ni un solo gemido.
Todos los gemidos y jadeos
de los que se originan las vidas
están cercados por gruesas murallas:
las barbacanas de la noche.
La calle está orillada por farallones.
Hay insectos que tejen capullos de silencio,
impotentes,
tenaces,
junto a los tifones del placer.

*

*

*

LIBERACION

Sobre el barandal, acodada,
creía viajar.
Y la vasta pradera oteaba:
creía que era el mar.

En la pasarela del barco, acodada,
ella creía estar.
Había pasado en presidio veinte años,
y ahora, por fin, el mar.
Sobre la borda de sus sueños
ahora podía navegar.
Su mente iba por Insulindia,
Jamaica,
la Antártida,
los fiordos nórdicos,
la luz boreal.
Bajo un candil prendido,
el mármol de su rostro
parecía la Estatua del Olvido.
Sobre el barandal
el mármol de su brazo
era un copo de nieve en el ocaso.
Vacilantes mariposas
por el hastial:
—las gaviotas, decía—
en el mar de coral.
Ay qué sueños!
Ay qué sueños!
Desde su puente que era otero,
se alejaba de la costa desierta;
si su casa era el velero,
ella era parte de la obra muerta.

*

*

*

DESDE LA GRAN URBE MODERNA

Desde Nueva York
regresó a su pueblo natal.
Desde la isla de concreto de Manhattan,
retornó a su alquería, en Sudamérica.
En el Empire State, el árbol más alto del mundo,
evocaba, sin embargo, los riscos de los Andes.

Tornar a la aldea: ver si era cierto
que allí la luna recorría las alcobas.
Desde el Empire State, el árbol más rico en nidos,
en cuya copa las flores eran las estrellas,
añoraba las torres pequeñas de Sudamérica.
Cómo trepidaba Nueva York:
con los nervios de todos los pueblos
y todas las épocas;
cómo trabajaba allí el acero,
cómo se dilataban los vasos del concreto!
Babilonia, Persépolis, Tebas y Roma, unidas!
Motores y violines gemían en Nueva York!
Quería volver, por un instante siquiera
al villorrio monótono, en Sudamérica.
Pudiera ser que fuese cierto
que allí existiesen colinas de barro,
escaramujos y ulmarias,
arándanos y colibríes
y casuchas de tejas.
Aquel hombre deseaba volver
al poblado que se adormila,
desde hace siglos,
junto a los Andes:
con sus indios y sus asnos,
sus espadañas de ladrillo
y sus perezosos canes.
Volvió desde Nueva York,
a compartir con las golondrinas
los muros viejos y los aires.

*

*

*

VIAJE DEL LIBERTADOR

Desde donde las 36 bocas del Orinoco
entregan su sangre al Atlántico,
venía Bolívar.
Cabalgando un caballo estalagmítico
de las rocas de los Andes,
dirigíase al Sur.

Vistiendo capote azul y negras botas,
dirigíase al Sur.

Tenía el rostro atezado
por mil días y mil noches de la llanura de Venezuela;
los ojos: en una permanente fiebre de galaxias.

¿Qué le impelía hacia el Sur?

Quizá el misterio de Quito:

una ciudad de conventos y artistas;
el misterio de la tierra meridional
de alarifes y monjas,
de metafísicos del escoplo.

A veces, la lluvia prehistórica de los Andes
le azotaba los hombros;
el Noto, el Bóreo,
los arremolinados vientos de los páramos
pulían su frente.

El Libertador seguía hacia el Sur:

de ciudad en ciudad,
de páramo en páramo,
de garganta en garganta.

Continuaba, incansable, Continente abajo;
a ratos, le asaltaba la fulgurante imagen de Boves,
el Moloc de América;

sonaban entre sus recuerdos
los tambores míticos de Carabobo,
el contrapunto volcánico del combate de Boyacá.

Pero, él continuaba hacia la tierra ecuatorial:
tierra de hitos para el galope de los caballos del sol.

Llegó hasta ella
tras haber subido

los encumbrados lomos de pórfido de los Andes.

Tras haber recorrido las tierras de los Quitus,
de los Pantzaleos, de los Puruhaes,
pueblos que duermen bajo sus iconolatrías,
llegó al Chimborazo.

Llegó donde el genitor de los diamantes,
estación obligada

de los sobrecargados vagones planetarios.

Hasta allí alcanzó el Héroe.

Ascendió al Chimborazo

hasta tocar con sus manos los raíles de las órbitas.

Allí se le apareció
el Pastor de los días y las noches.
El Guerrero y el Pastor
hablaron de la verdad y de la muerte.
El Libertador soñaba.
De pronto, le despertó "la Voz de Colombia"
para que continuase su obra;
aún los impulsos telúricos
le reclamaban para la carga de Junín;
aun tendría que salvar un Huerto de Olivos
en una noche septembrina,
hasta despedirse, para siempre,
de las olas, en Santa Marta.



EL TRIGO

Habéis sembrado: Venid a cosechar.
El pueblo está cansado de esperar.
Apurad! Es la hora de la siega;
el molino, desde hace un año, sueña.
Apurad. Venid a cosechar:
los hijos ya no pueden esperar.
Figuraos:
todo el año, sin pan.
El viento en las aspas empieza a soplar.
Las pesadas espigas
no pueden esperar,
pues su harina madura
hácelas doblegar.
Apurad, que la misma tierra
ha puesto la sal.
Casi está listo el pan.
Sólo hay que cosechar.
En camisas de oro
el harina pendiente está;
en la alquería, los hornos
ávidos están.

El hambre hibernal
con sus colmillos de hielo
ya no volverá.
Para el pueblo habrá pan.
Apurad, que la mies
cargada de potencia está.
Apurad que los gérmenes del trigo
ya están haciendo pan.

